

## El profetismo en Israel: claves para entender el segundo mandamiento

*Mariano Ruiz Espejo*

*Doctor en sociología.*

**E**n Ex 20,1-6 se nos describe el principio del Decálogo recibido por Moisés de Yahvé, y así comienza Moisés a explicar al pueblo sus palabras:

El Señor pronunció estas palabras: «Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud. No tendrás otros dioses frente a mí. No te fabricarás ídolos, ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra, o en el agua debajo de la tierra. No te postrarás ante ellos, ni les darás culto; porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo el pecado de los padres en los hijos, hasta la tercera y la cuarta generación de los que me odian. Pero tengo misericordia por mil generaciones de los que me aman y guardan mis preceptos».

En Lv 26,1 se recoge el mandamiento del Señor de «no os hagáis ídolos, ni erijáis imágenes o estelas, ni coloquéis en vuestra tierra piedras talladas para postraros ante ellas, porque yo soy el Señor, vuestro Dios».

En Dt 7,25 el Señor dice: «Prenderás fuego a las imágenes de sus dioses».

En Dt 12,3 dice: «Demoleréis sus altares, destrozareis sus estelas, prenderéis fuego a sus postes, derribareis las imágenes de sus dioses y borraréis su nombre sobre aquel lugar».

Un castigo por incumplir este segundo mandamiento de la ley de Dios se puede ver, por ejemplo, en 1Re 14,9-16, donde el rey Jeroboán y su familia son castigados por esta infracción.

Cualquier situación o realidad de la vida puede ser divinizada por el hombre: la razón humana autónoma, el idealismo, el socialismo materialista, el súper hombre, etc. Quien niega a Dios se talla la imagen de un ídolo, y el hombre se postra si no ante Dios sí ante los muchos ídolos que se ha creado. En el occidente descristianizado: la fuerza, la raza, el estado, el capital, etc.

El profeta Samuel (1Sam 7,3) dijo que si os convertís a Dios de todo corazón, quitad de en medio los dioses extranjeros, Baal y Astarté, permaneced

constante con el Señor, sirviéndole solo a él y él os libraré del poder filisteo. También Elías fue un profeta principal opositor a Baal, y la lucha contra los dioses y el culto paganos (Marduk, Osiris, etc.) ocupará un lugar importante en el mensaje de los profetas mayores.

El culto a los dioses paganos y usar imágenes en el culto sagrado serán los focos idolátricos combatidos por los profetas. La idolatría abarca a los rivales de Dios (primer mandamiento) y a la manipulación del Señor (segundo mandamiento). Los nuevos rivales de Dios y rebajar a Dios a la categoría de ídolo han existido siempre y son de plena actualidad.

Un ejemplo son las palabras de Jesús: «no podéis servir a Dios y al dinero». O San Pablo diciendo que «la codicia es idolatría» (cf. Ef 5,5; Col 3,5). La idolatría que denuncian los profetas consiste en renunciar al poder divino, desviando la confianza al poder humano. La política del rey Salomón (1Re 11,1-13) se presta a la idolatría con el fin de ser tolerante con los pueblos que había anexionado (Moab y Amón) y tratar bien a los mercaderes que acudían a Jerusalén.

Otras veces se hacía por mantener el “status quo” del Estado, convirtiéndolo en un dios. No poniendo a dios al servicio del Estado sino haciendo del Estado un dios. La difusión de prácticas idolátricas por conveniencia política pertenece a la historia de la cultura y de las religiones de siempre, y la divinización del Estado la hemos padecido en el siglo XX y la padecemos en el actual.

Otro ídolo es el culto al poder militar que se expresa en los ejércitos, las armas, las fortificaciones, etc. Yahvé no soporta esto. A las armas del filisteo Goliat, David contrapone el nombre de Yahvé, y sale victorioso. El celo de Yahvé no soporta el poder militar, en esto son tajantes los profetas (cf. 1Sam 16; 17,45; 2Sam 7; Os 1,7; 8,14; 10,13).

El culto al imperio extranjero es otro ídolo presente en Israel histórico y en muchos otros momentos. Se trata de firmar tratados de vasallaje y enviarle tributos a cambio de protección y paternalismo. Esto es denunciado por los profetas porque ponen a los imperios en lugar de Dios (cf. Os 5,12-14; 7,8-12; 8,8-10; Is 30,1-5; 31,1-3; Jr 2,18).

Serían dioses Asiria, Egipto, Babilonia, etc., ídolos que los pequeños países levantan y les otorgan unas capacidades salvadoras, divinas, más allá de lo que son en realidad. El problema es que los pueblos pequeños buscan en ellos no la ayuda puntual en un momento de peligro sino la supervivencia de la nación pero endeudándose ilimitadamente. En algunos momentos Israel entiende que sobreviven por esos imperios y no porque Yahvé los sacó de Egipto. Esa actitud de amante y adúltero de Israel en relación con Yahvé ofenden a Dios, que es esposo y guerrero contra los enemigos de Israel.

La acción idólatra se expresa en el movimiento de ir detrás, marchar, subir, bajar, invocar, hacer tratados, llevar aceite, etc., poniendo el afecto y la confianza en otro y no en Dios. En todo culto van implícitas ofrendas y víctimas, que en las formas religiosas más degradadas se corresponderían con el «te doy para que me des». Sobornando a estos dioses Israel cree a veces que recibe protección, ayuda y hasta la subsistencia. La víctima es el propio pueblo el que sufre las alianzas del rey porque es quien paga el tributo y hace más víctima al pobre.

Los dioses no existen, son las actitudes de los hombres los que los crean transformando a su paso el mundo circundante. De este modo el hombre queda vinculado a la realidad de una manera falsa, improductiva, idólatra.

Estas realidades subsisten en nuestro mundo, no cabe ser ingenuos; de hecho, se manejan unos hilos para que los pactos denunciados por los profetas puedan ocurrir en cualquier momento. La acaparación de personajes mundiales en los medios de comunicación apuntan en este sentido, la colonización a efectos comerciales o institucionales es otro ejemplo de este tipo de dependencias basadas en imagen del colonizador más que en producción eficaz de lo que ofrecen.

Otro ejemplo de idolatría es la divinización de las riquezas. Los profetas denuncian que las riquezas constituyan la única orientación fundamental de la vida, su único apoyo y meta. Como rivales de Dios en el corazón del hombre, destruyen la presencia de Dios en él. Jesús hizo esta denuncia, y los profetas anteriores también.

La relación entre riquezas e idolatría puede ser extrínseca, cuando se fomentan cultos para lucrarse o como forma de vida y subsistencia o bien personas que dedican dinero al servicio de los dioses o hacer imágenes o fabricarlas, o intrínseca, cuando la relación íntima entre riqueza e idolatría hace que la riqueza haga llegar a olvidar Dios y dedicarse a las prácticas idólatras (Os 10,1).

El dios-riqueza es más fuerte que el propio Baal. A éste se le atribuyen el conceder la lluvia, la fecundidad de la tierra, los frutos, pero las riquezas hacen esto y más: palacios, objetos costosos, banquetes, comer, beber, perfumes (Am 6,4-6), vivir el lujo y darse la vida (St 5,4).

El dinero da mayor influjo social, abre puertas, doblega voluntades, y ante él se inclinan jueces, testigos, reyes, comerciantes. Pero como dice Jr 17,11 «el dinero abandona a la mitad de la vida». El oro y la plata no pueden salvar, es el hombre el que los diviniza.

El deseo de tener y la codicia es lo que más preocupó a los profetas porque el hombre acumula al poner la confianza en ellos. Estos se manifiestan

en la injusticia directa (despojando a otros de sus bienes y de su vida para apropiárselos, oprimiendo, robando, defraudando, escandalizando, juntando casa con casa, aumentando precios de los productos, reduciendo el peso o el volumen, usando balanzas trucadas o manipuladas), el egoísmo (que impide compartir bienes, algo no muy desarrollado en los profetas pero sí en el cristianismo) y el agobio por la supervivencia (que es la crítica de Jeremías a los pobres hombres y de Ezequiel a los exiliados, por querer tener certezas para el mañana).

Las víctimas son las personas, huérfanos, pobres, viudas, emigrantes, débiles, miserables, e instituciones como la justicia, el derecho, la misericordia. La Palabra de Dios es víctima de los bienes porque éstos usurpan la regulación de las rectas razones entre los hombres (cf. Jr 6,9-30; Ez 33,30-33).

Otra víctima es el mismo hombre que las practica porque es dominado por la riqueza, le acapara su vida y le exige un esfuerzo continuo. Es una forma clara de alienación. Un ejemplo lo tenemos en 1Re 21 en que Ajab después de matar a Nabot para tomar posesión de su viña y aumentar así su deseo de engrandecer sus terrenos, como le dice Elías, el perjudicado de la muerte de Nabot es él, el propio Ajab, por haberse vendido.

Sobre el segundo mandamiento, el hombre piadoso es el más dado a hacerse imágenes de Dios a su medida o según ellos imaginan. Pero comprar a Dios o encerrarlo en una imagen es imposible. Una tentación del hombre es encerrar a Dios en unos esquemas cuando es trascendente. Esto le pasó al pueblo de Israel con el becerro de oro. Para ellos el becerro de oro no era Baal sino el mismo Dios que les sacó de Egipto. Su error consistía en querer tener un signo de seguridad, una presencia de Yahvé concreta ya que la fe y la confianza en él eran demasiado duras. Quería un Dios manejable, manipulable, visible, que Dios caminase con él y se parase cuando estaba cansado. Al becerro lo podían mover y llevar al ritmo que quisieran. Eran signos que Jesús critica a los que le seguían porque se los exigían, como hoy puede ser querer razonarlo todo.

En el caso de la Iglesia tenemos a Jesús sacramentado, lo podemos ver, llevar, comer, hacernos uno con él. Dios ha dado este poder a los que creen en él después de la última cena del Señor. Ya no hay excusa posible, Dios mismo nos da esta seguridad que debemos acoger por la fe.

El segundo mandamiento enseña al pueblo que Dios es tan absolutamente trascendente que el hombre necesita siempre un signo de ausencia para relacionarse con él. Es el espacio vacío del «sancta sanctorum» del templo que indica que Dios está allí presente.

No existe ninguna verdad de fe que no pueda ser manipulada idolátricamente. Los profetas detectaron esto en el pueblo:

1. Dogma del Éxodo: la intervención de Yahvé en Egipto para salvar a Israel de la esclavitud es vacío o una falsa seguridad si se presta a falsas seguridades religiosas o interpretaciones erróneas como creer que Dios se ha comprometido de forma definitiva y exclusiva con Israel, abusando de dicho privilegio; Am 9,7 tira por tierra este privilegio.

2. La Alianza unida al Éxodo, en el monte Sinaí: se presta a ser entendida como un privilegio que garantiza contra toda amenaza futura; el compromiso de Yahvé es incondicional, pero no le impide cualquier corrección o castigo pedagógico ni exige al pueblo de su compromiso o respuesta a esa alianza. Amós dice que la alianza no es para mayor seguridad suya sino para mayor responsabilidad. Un ejemplo lo tenemos en el caso de los nueve leprosos curados que no volvieron a dar gracias a Jesús, ¿fueron verdaderamente responsables?

3. El Templo: espacio sagrado elegido por Dios que puede ser idolatrizado, utilizándole como lugar seguro, de esperanza o de refugio para cualquier forma de vida compatible con todo; a la muerte del gran rey Josías por el faraón en la batalla de Megido, ante la deportación de Yoyaquín y del nuevo rey Joacaz el pueblo pone su confianza en el templo; pero Jeremías dice al pueblo que Dios no se compromete con el espacio físico sino con una conducta ética y religiosa; si no cambia el pueblo le sucederá como al templo de Silo en tiempo de los jueces, será destruido.

4. El día del Señor: contemporáneos de Amós estaban convencidos de que Dios se manifestaría de forma grandiosa para exaltar a su pueblo y le pondría a la cabeza de las naciones, el día del Señor, pero el profeta les dice que no se trata de privilegios ni de falsas esperanzas.

La advertencia contra los ídolos expresada en Éxodo 20,1-6 conlleva un castigo de no ser atendida. El castigo consiste en que por el pecado de los padres los hijos reciben una sanción hasta la tercera o cuarta generación de los que odian a Dios adorando otros ídolos. Pero también, sobre todo, Yahvé hace una promesa de tener misericordia por mil generaciones con los que le aman y guardan sus mandamientos. El verdadero culto y su recompensa está en amar a Dios y en guardar sus mandamientos, no tanto en los sacrificios de animales o productos del campo, ni en desviar el objeto de nuestro amor a otras personas humanas u otros bienes materiales o inmateriales (como la maximización del beneficio económico o productivo, que si bien puede tener un cierto interés como medios no pueden ser nuestro objeto de adoración o

de idolatría sustituyendo a Dios y su verdadero culto expresado en nuestro amor a él y en conservar y practicar los mandamientos del Señor).

En cierto sentido el Señor nos advierte de no sustituir su persona y su divinidad por otras personas intermediarias como son los reyes o los sacerdotes que, si bien cumplen una función al servicio de Dios en el mundo en que vivimos, no pueden sustituir la divinidad y la eficacia de Dios mismo en el mundo creado. Los reyes cumplen una función de responsabilidad en el destino de los pueblos y las naciones, los sacerdotes también tienen una responsabilidad de tipo religiosa ante los creyentes y otras personas que buscan la verdad en sus circunstancias, a veces sin ser creyentes o estando en busca de razones y hechos verdaderos que orienten su vida hacia una más perfecta comunión con el Señor y su pueblo.

Para un cristiano de nuestro tiempo, amar a Dios y guardar sus mandamientos se concreta de modo especial en permanecer como hijos adoptivos de Dios en esta vida. La filiación divina que la Iglesia nos propone consiste en no ofender a Dios de modo grave y en participar dignamente del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, por lo que somos parte suya, miembros de su cuerpo, hijos de Dios, herederos del cielo. Esto no quiere decir que seamos ya perfectos y no cometamos ningún pecado, sino que por nuestra obediencia nos vamos conformando más y más con el amor fiel de Dios manifestado en nuestra vida concreta.

Siempre hay el peligro de hacernos ídolos que sustituyan a Dios en nuestra prioridad de culto. En nuestro tiempo son muchos los posibles ídolos: desde la fe en la ciencia y en la tecnología, en el dinero, en los medios de comunicación como la televisión que en muchos hogares ocupa un lugar central de privilegio y que con sus imágenes y reclamos desvían continuamente nuestra atención, a otros ídolos reproducidos en las pantallas, de lo que verdaderamente importa en muchas ocasiones: el amor de Dios y nuestra correspondencia guardando y cumpliendo sus mandamientos de justicia y derecho con respecto a Dios y al prójimo.

Ser hijos de Dios es lo que nos puede llenar de alegría nuestra vida, una alegría interior, de saber que Dios nos acoge como a hijos amados y que busca nuestra felicidad más perfecta, una alegría en Dios por saber que una criatura suya le ama con obras, una alegría en el cielo al saber que un hombre más llegará al cielo un día si sigue fiel a Dios como hasta ahora.

Es en el culto verdadero al Señor, que es la Eucaristía, donde se produce el milagro de nuestra renovación de hijos de Dios en el espíritu del Señor Jesús. En la Eucaristía encontramos el sello de Dios Padre para nuestra salvación, la seguridad de que en ella si nos acercamos dignamente nos ha-

ceмос también “divinos” por nuestra participación en el cuerpo del Señor mediante su gracia en nosotros.

Dios quiere que le amemos sobre todas las cosas, que nuestro querer le dirija nuestra mejor atención pues es celoso de otras imágenes, esculturas u otras representaciones distintas a su divinidad infinita y perfecta. No les daremos culto a esas figuras para que, amando a Dios sobre todas las cosas, nos libere de toda esclavitud y todo oprobio, del pecado y de sus consecuencias.

Es cierto que el rey requiere súbditos, los sacerdotes cooperan libremente para interceder por el pueblo fiel, tener misericordia y perdonar pecados de los pecadores arrepentidos, los profetas requieren un pueblo a quien dirigirle la palabra para que sus funciones tengan sentido, pero Dios nos ha dado los mandamientos a todos, reyes, sacerdotes y profetas, para que nos veamos libres de toda esclavitud ya sea manifiesta u oculta, externa o interna, y así configurarnos con Jesús como hijos adoptivos de Dios.

En Jesús encontramos la humanidad, la realeza, el sacerdocio y la profecía que libera de toda esclavitud a todos los hombres que se acogen a él. Las oposiciones que los profetas tenían contra los reyes y los sacerdotes quedan diluidas en la persona de Jesús, que enseñó «no juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados, perdonad y seréis perdonados». Así pues, no deberíamos llevar cuentas de las idolatrías de otros pues en el cielo ya se ocupa Dios de llevar buena cuenta de cada uno. La idolatría destruye al que la hace práctica en su vida.

El sincero deseo de Dios sobre todas las otras realidades o representaciones imaginarias debería ser lo que moviera nuestra memoria, entendimiento y voluntad como personas creadas a imagen de Dios, un Dios que amándose interpersonalmente como Trinidad ha querido compartir su amor con los hombres de todo pueblo y nación.

El tono de denuncia que usaban los profetas con algunos comportamientos de reyes o de sacerdotes, tras la experiencia de Jesucristo y sus enseñanzas de corrección fraterna y de amor de unos a otros como él nos ha amado, moderan y armonizan la convivencia entre hermanos en la fe cristiana, algo que los profetas podrían entrever pero que no parece tan clara o nítidamente en los escritos del Antiguo Testamento como ya es patente en la Carta de Santiago cuando amonesta a los que critican o juzgan a sus hermanos porque es lo mismo que juzgar o criticar la ley de Dios.

El camino propuesto por este segundo mandamiento es el del amor a Dios, honrando y respetando su nombre y velando, para que ningún ídolo ocupe su lugar, y también amando al prójimo como a uno mismo, sin que nadie ni nada usurpe el lugar de predilección en el amor a Dios, y sin que

nada usurpe el lugar de un hermano o un prójimo como no quisiéramos que nos lo usurparan a nosotros mismos.